

# Capítulo 8

## **LAWFARE Y GUERRA MEDIÁTICA**

*Francisco Sierra Caballero<sup>1</sup>*

### **SUMÁRIO**

NEOLIBERALISMO Y ESTADO DE EXCEPCIÓN; MEDIOS EMPOTRADOS; GUERRA JURIDICA Y COLONIALISMO CULTURAL; DISCURSO Y REACCIÓN; *LAWFARE* Y PEDAGOGÍA DEL TERROR; A MODO DE CONCLUSIÓN; REFERENCIAS.

Toda información obedece a una lógica económico-política, determinada por el contexto social y el proceso general de subsunción que la industria periodística ha venido experimentando desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. La noticia, en otras palabras, es una mercancía, un producto o contenido formal que carece de sustancia representacional, salvo la de contribuir en su función al ciclo de acumulación y reproducción ideológica o en la guerra jurídica asimétrica la de coadyuvar a la liquidación de toda política de progreso. Así, la información en el *lawfare* encubre tanto como muestra, calla tanto

---

<sup>1</sup> Francisco Sierra ([www.franciscosierrecaballero.net](http://www.franciscosierrecaballero.net)) es Catedrático de Teoría de la Comunicación e Investigador del Instituto Andaluz de Investigación en Comunicación y Cultura (INACOM) en la Universidad de Sevilla. Director del Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social ([www.compoliticas.org](http://www.compoliticas.org)), Director del Departamento de Periodismo I y Editor de la Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación (REDES.COM) ([www.revista-redes.com](http://www.revista-redes.com)), ha trabajado como experto en políticas de comunicación, nuevas tecnologías y participación ciudadana en la Comisión Europea y otros organismos internacionales como la UNESCO y UNASUR. Presidente de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura ([www.ulepicc.org](http://www.ulepicc.org)), en la actualidad es Director de la Sección de Comunicación y Cultura de la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM).

como informa, y *performa* tanto como transforma la práctica jurídica, como resultado del poder de configuración cognitiva y sociocultural que proyecta en el espacio público el capital. Sabemos desde la Economía Política de la Comunicación que el rol de los medios en la estructura social dominante es la de ariete o simple correa de transmisión de los intereses hegemónicos, asumiendo la función desinformadora que la liberalización impulsada en los años ochenta, por la contrarreforma conservadora de Ronald Reagan, marcó como nuevo modelo de referencia en el juego político, la llamada, como veremos, ideopolítica.

Durante este periodo, no sólo se construyó un entramado jurídico que explica la actual deriva de los mercados bursátiles y del funcionamiento de la justicia en países bajo la hegemonía estadounidense, sino, más allá aún, en la década de los ochenta, cabe observar cómo el Estado otorga a las grandes corporaciones capitalistas libertad absoluta en sus debidas obligaciones de transparencia, al tiempo que el sector de la comunicación y la cultura es sometida a un proceso intensivo de concentración, participaciones accionariales cruzadas y, claro está, la creciente financiarización de su estructura de propiedad, so pretexto de la necesaria competitividad de las nuevas economías de escala y la modernización tecnológica.

De la era Reagan a las proclamas parafascistas de la Fox, y hoy la guerra híbrida, pasando por la doctrina del shock de los Chicago Boys, y la instrumentación activa de los medios de comunicación para ampliar las tasas de beneficio del capital especulativo y rentista, es posible rastrear una historia oculta, un hilo rojo y lógica de dominio que explica el papel de la comunicación en el *lawfare* y que, no casualmente, ha sido eludida y apenas representada por la academia y la opinión pública, quizás o justamente porque ello nos permite comprender con exactitud y claridad el papel estratégico de la mediación espectacular en la actual cobertura de las guerras judiciales contra gobiernos progresistas, un proceso que tiene su génesis en la progresiva mercantilización de la industria periodística y en la paulatina dependencia del capital financiero internacional, por las que hoy se restringe y anula toda posibilidad de pluralismo ideológico y diversidad editorial en el tratamiento de las alternativas de salida del círculo vicioso implementado por los amos del mundo y de la información en lo que, conforme a las tesis de Navarro y Torres, podemos considerar, sin duda alguna, un proceso ideológico de imposición del terror y de propaganda ideado con el único objetivo de imponer la sumisión de la población al entramado de intereses de Wall Street (Navarro/Torres, 2012).

En las siguientes páginas, esbozamos algunos considerandos sobre la función estructurante de los medios de comunicación en la guerra de cuarta generación como componente estratégico del nuevo frente cultural contrarrevolucionario.

## NEOLIBERALISMO Y ESTADO DE EXCEPCIÓN

La noción de *lawfare* no solo representa un reto para el derecho internacional público, sino más allá aún constada el proceso de militarización y judicialización de la política que amenaza nuestras democracias (Tirado, 2021: 42). El origen en Estados Unidos y los estudios sistematizados por el Grupo de Puebla y el Observatorio de *Lawfare* en América Latina ilustran esta hipótesis de trabajo y plantea aspectos sustanciales sobre los Derechos Humanos y las Relaciones Internacionales, apuntando la necesidad de la vindicación del principio de Justicia Universal, en un contexto de emergencia del “imperialismo judicial” que afecta, sobremanera, al sector público y a la propia calidad de la justicia, en la medida que instauro el estado de excepción como condición necesaria de reproducción ampliada del capitalismo en su fase neoliberal. En este sentido, el gobierno y desorden del mundo plantea el problema de repensar el papel del Estado y de la política. El Estado liberal, tal y como vislumbrara Horkheimer, ha madurado en una forma autoritaria de control y dominio extensivo que cuestiona y pone en crisis el arte de lo posible, la propia mediación representacional. “La constitución de nuevas formas de soberanía que se alejan del ámbito supra-estatal para radicarse en un ámbito vacío que el Estado ha dejado a los nuevos Leviatanes, ha permitido la constitución del imperio como forma política de la Globalización. Nos encontramos en una fase histórica en la que el dominio del capital se ha establecido en una doble escala a una misma vez: exterior e interior. El capital ha ocupado todo el espectro planetario (exterior) a la vez que realiza la subsunción de la vida misma (interior). Así el capital se configura en biopolítica, esto es, en la gestión y administración de los cuerpos de la población. Las transformaciones en el plano económico han hecho que el Estado-nación escape, en cierto modo, de la lógica (el contrato) con la que la modernidad lo había fundado” (García López, 2013: 82).

A nuestro juicio, todo análisis del *lawfare* debe asumir las tesis de crítica de la biopolítica contra la criminalización de las formas culturales de resistencia de la ciudadanía. La gestión de la crisis representa en este sentido el fin de los límites y regulación del Estado social y democrático de derecho ante la exigencia de expansión del espacio vital de reproducción y acumulación del capital financiero internacional imponiendo, como sostenemos a modo de hipótesis, el estado de excepción como regla, frente a todo contrato o legitimación democrática. Entre la forma y la fuerza, entre la regla y la excepción, entre la cooperación y la desconfianza, entre la transparencia y la ocultación, la Sociedad de Vigilancia, apunta Mattelart, nos sitúa poco a poco a la multitud como potencialmente sospechosa. “El estado de excepción, en el que la nuda vida era, a la vez, excluida del orden jurídico y apresada en él, constituía en verdad, en su separación misma, el fundamento oculto sobre el que reposaba todo el sistema político. Cuando sus fronteras se desvanecen y se hacen

indeterminadas, la nuda vida que allí habitaba, queda liberada en la ciudad y pasa a ser a la vez el sujeto y el objeto del ordenamiento político y de sus conflictos, el lugar único tanto de la organización del poder estatal como de la emancipación de él” (García López, 2013: 89). En este escenario, los medios cumplen la función vicaria de realizar la doctrina del shock a través de falsas noticias y la guerra de la información (Sierra, 2017). Y cuando fracasan el poder del capital aplica la disciplina punitiva como en el caso Assange, una suerte de salida o estrategia complementaria del golpismo y la guerra mediática. Hablamos, claro está, de una pedagogía del terror del que poco se ha escrito y debatido en el ámbito público, pese a su importancia y decisiva función explicativa en los usos y abusos de esta doctrina político-militar. El *lawfare*, en fin, ha sido analizado como estrategia desde el plano jurídico, político y social, pero en menor medida como un proceso básicamente de mediatización, en un sentido semiótico, y guerra psicológica.

## MEDIOS EMPOTRADOS

Una primera tesis a considerar en este punto es que la guerra jurídica asimétrica o el derecho del revés es un problema de imagen y comunicación, de imaginarios y manipulación de imágenes. De la picota al linchamiento mediático, en la guerra de cuarta generación el objetivo de la muerte civil y vulneración de la autoridad moral de líderes incontestables como Lula da Silva o Rafael Correa tiene por fin un claro objetivo de propaganda. El Informe de Cleveland (2010) evidencia que este recurso es un escalón más en la extensión de la lógica de Relaciones Públicas que se inicia con la guerra sucia del laboratorio centroamericano (contra la Nicaragua sandinista) durante la administración Reagan y llega hoy al golpismo mediático contra la Revolución Bolivariana o el gobierno plurinacional boliviano. Hablamos de una actualización evidente de la Doctrina de Seguridad Nacional que comenzó con el Documento de Santa Fe y que se imparte en la célebre Escuela de las Américas, hoy Instituto del Hemisferio Occidental. Una segunda tesis complementaria a esta primera que razonamos es constatar que la guerra híbrida es la antesala del fascismo, y no solo en Bolivia, como hemos visto en Brasil, Estados Unidos y en España. El discurso mediático de la corrupción no solo afecta a la crisis de legitimidad y la confianza, consustanciales a toda representación y juego democrático, sino que socava toda institucionalidad y alimenta la cultura política autoritaria. Históricamente, la guerra psicológica del nazismo y el fascismo contra el establishment, so pretexto de la corrupción, se ha traducido en la salida totalitaria a la crisis de acumulación del capital. Los efectos de este tipo de intervención han sido ampliamente estudiados por Martin Baró y confirman el avance de imaginarios de solución final evolucionando el espacio público del fascismo social (o amable) a la guerra total y

prolongada, tal y como pudimos verificar con la campaña de Lava Jato o más en la persecución del MAS en Bolivia.

En tiempos-encrucijada como estos, la incertidumbre y crisis de confianza son propiciatorios para el pastoreo a costa, casi siempre, del bien común. Así, los discípulos de Torquemada proliferan en España y América Latina, con el nacionalcatolicismo del más rancio espíritu castellano y las cruzadas evangélicas de los corruptos diputados brasileños o bolivianos, que, en una suerte de pogromo de los macarras de la moral, forzaron los límites de la democracia para encarcelar a Lula, tratar de liquidar a Evo Morales y perseguir a todos aquellos opuestos al sermón purificador sin límites ni fronteras. Como apunta el último libro de Juan José Tamayo (“La internacional del odio”, Icaria Editorial, 2021), que disecciona magistralmente una realidad incontestable y que debe hacernos pensar, las conexiones transfronterizas de Steve Bannon a Álvaro Uribe o Macho Camacho dan cuenta de una disputa de la hegemonía a nivel global. En juego está liquidar todo principio esperanza de las fuerzas de progreso instalando la distopía como horizonte único y posible, como narra en la ficción *El reino*, una serie sobre el ascenso a la presidencia de la República Argentina de un pastor evangélico. La obra, dirigida por Marcelo Piñeyro, puede ser visionada como una crónica del presente hegemónico en Latinoamérica. El impacto de la misma da cuenta de la capacidad anticipatoria de los creadores de la serie. En la mayoría de los 190 países donde ha sido estrenada ha conquistado altos índices de audiencia y, particularmente, en el país austral los debates, memes, discusiones sobre la trama siguen generando una reflexión sobre el papel de la justicia, el poder de la iglesia, la irregularidad financiera del poder eclesial o el rol de la política en la construcción de la ciudadanía, así como la función de los medios a las operaciones encubiertas de los servicios de inteligencia del Estado, que lo mismo nos ocultan por décadas golpes de Estado mediáticos o los consabidos casos de corrupción. Merced a la función vicaria de los medios empotrados, el avance de la política purista de lo peor, criticada por Tamayo, ha sido más que notoria en las últimas décadas, si bien tiene una génesis más antigua que explica el bloqueo de toda estrategia de mediación en grandes naciones como Brasil. Hablamos, como apuntamos en la introducción, del origen del neoliberalismo y de nuevos actores que cumplen un rol protagónico en las campañas de guerra mediática desplegadas bajo tutela del Pentágono. Por ejemplo, hace cinco décadas, la población evangélica constituía el 3% en América Latina, hoy suma el 20% y constituye un actor político de primer orden en subregiones como **Centroamérica, Brasil y México. Una lectura detenida** del Documento de Santa Fe I y II ilustra el porqué de esta tendencia, cuál es el hilo rojo de esta historia en la construcción del reino de Hazte Oír. Tal y como analizamos en “La guerra de la información” (CIESPAL, Quito, 2017) Reagan y la política de roll-back procuró en todo momento atenuar lo que consideraba una influencia maléfica en la doctrina de la Iglesia, la teología de la liberación. Junto a los nuevos *think*

*tanks* como Heritage Foundation, los telepredicadores proliferaron en la guerra sucia contra Nicaragua y hoy respaldan a candidatos en Costa Rica o dominan la agenda mediática en Brasil, con una amplia red de centros y radios comunitarias. Con Trump, esa hegemonía se tornó absoluta en Estados Unidos. El presidente republicano impuso y normalizó otra vuelta de tuerca, esparciendo por la vasta red de medios ultras la mentira y su repetición, a lo Goebbels, y previsiblemente, según se empieza a observar, con la americanización de la comunicación política, esta lógica de la comunicación política también se extiende en la UE, como ya ha sucedido de hecho en Brasil. Por ser más concisos y concretos, en España, por poner un caso, la iglesia tiene más de 60 publicaciones periódicas diocesanas, 256 revistas, 145 canales de radio, la COPE, Radio María, 13 TV, Cadena 100 y una libertad o armisticio fiscal sin parangón en Europa. Y todo ello no precisamente por el carácter emprendedor de la cúpula episcopal. Añádase las redes de radio y televisión local evangélicas, sumemos el duopolio televisivo y la ausencia de medios nacionales progresistas y la guerra cultural, de Vox está ganada en contra de los derechos constitucionales.

Por ello, en el actual contexto del nuevo golpismo mediático, es tiempo de volver a pensar la batalla comunicacional. Un ejercicio, como advierte Pedro Santander, que apunta a identificar los frentes culturales actualizando la memoria de las luchas por la democracia del sistema informativo: frente a la inequitativa concentración de la estructura de la propiedad, la intervención irregular o encubierta de los medios corporativos globales, en la fase actual de restauración autoritaria, y el control de las redes digitales como parte de las estrategias del capital por mantener los medios empotrados en tanto que arietes de la guerra jurídica asimétrica (Santander, 2020). En otras palabras, una lectura comunicacional del *lawfare* apunta la necesidad de asumir que:

1. La disputa de la hegemonía por el bloque dominante significa un reordenamiento de las correlaciones de fuerza entre el neoliberalismo convencional y la salida autoritaria a la crisis de acumulación capitalista con la emergencia de la ultraderecha: de Trump a Bolsonaro, de Vox en España a Orban en Hungría, de Le Pen a la Troika comunitaria.
2. La lucha de clases, en guerra abierta, tiene en los medios un dispositivo de dominio adecuado a los intereses del capital financiero como ya aconteciera en el primer tercio del siglo XX, con la diferencia de un mayor nivel de concentración y dominio local y, particularmente, global.
3. La disputa al interior del campo simbólico abre nuevas brechas comunicacionales para el antagonismo y la reconstrucción de un horizonte emancipatorio por pensar, y construir, en la práctica.

## GUERRA JURIDICA Y COLONIALISMO CULTURAL

La disputa del campo de la comunicación contra el *lawfare* pasa por cuestionar la americanización de los medios, y la cooptación y sumisión del gremio profesional que se muestra impérrrito ante el neofascismo de Bolsonaro, como si la historia no fuera con ellos, responsables como fueron del proceso de desinstitucionalización, tal y como en Bolivia supuestos adalides – al parecer solo teóricamente - de la decolonialidad sostuvieron y auspiciaron ideológicamente el racismo institucional de la extrema derecha contra el gobierno del MAS, alineándose con el trumpismo negacionista, al punto de cuestionar a quienes denunciamos el golpe de Estado por no entender lo evidente, constatado incluso por el *The New York Times*. Cosas de la guerra híbrida en la que se manifiesta hoy la lucha de clases que, de momento, no puede borrar las huellas y rastros de la historia negada ni lo que Toto Schmucler denominara la memoria comunicacional.

Desde este punto de vista conviene interpretar el *lawfare* como una forma de colonialidad del saber-poder, de imposición del sentido común imperial a la hora de dominar los llamados Estados fallidos o impartir justicia según la matriz angloamericana y los intereses estratégicos del capital transnacional. Como podrá colegir el lector, estamos abogando, en el presente artículo, por una lectura geopolítica e ideológica del *lawfare*, antes que jurídica. Si enfocamos el problema desde la Comunicología hay que advertir que cuando se da forma a la doctrina político-militar de la Guerra de Baja Intensidad (GBI) como antecedente de la llamada guerra híbrida, la Administración Reagan sentaba las bases de la nueva doctrina de seguridad nacional, desplegando una batalla cultural que se trasladaría incluso a la UNESCO atacando el Informe MacBride contra la idea de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC), un proyecto democrático en la comunicación internacional que fue posible por el principio democrático de *un país, un voto*, una exigencia hoy inviable por la privatización encubierta del sistema de Naciones Unidas, un proceso en modo alguno nada reciente si recordamos que la crisis de este organismo internacional viene marcado por la retirada de los Estados Unidos (1985) y del Reino Unido (1986) con la consiguiente recuperación de la hegemonía del bloque occidental que supuso el retorno a los principios liberales de 1946 durante la Dirección General de Mayor Zaragoza. Desde entonces el sistema global de información y comunicación impone el discurso de *free flow information* pese a la creciente conciencia sobre la escasez y limitación de recursos, canales y frecuencias en las comunicaciones transnacionales de los países del Sur, hoy sub-representados en la UIT como organismo central de regulación de las comunicaciones so pretexto de la revolución digital, mientras la UNESCO languidece en programas sin proyección ni futuro sobre diversidad audiovisual o competencias mediáticas de los usuarios. De hecho, parece proscrita toda referencia al NOMIC y al espíritu MacBride al invalidarse por principio tres

líneas de actuación estratégicas que fueron definidas tras la Conferencia de San José de Costa Rica, a saber:

1. El diseño de políticas nacionales de comunicación, previo análisis de costos y beneficios en la importación de tecnología.
2. La cooperación regional para el necesario desarrollo de alternativas al modelo económico de las naciones hegemónicas.
3. El desarrollo de una estrategia ofensiva, planteando en los foros internacionales el problema de la comunicación como asunto prioritario de la agenda pública.

Esta nueva visión de las comunicaciones hizo posible, como sabemos, el surgimiento de iniciativas como Prensa Latina, NOTIMEX, o planes satelitales para el desarrollo en países como México a partir de la discusión pública sobre el papel de los medios en la producción de la identidad cultural nacional-popular. La crítica al concepto de libre flujo de la información apuntaba, en esta línea, a señalar los negativos efectos producidos en la práctica por el monopolio efectivo de la industria cultural estadounidense sobre los sistemas nacionales de información. La defensa *como principio* del libre flujo en las relaciones internacionales por parte de los defensores del Nuevo Orden Internacional de la Información será replanteada por tanto en función de la vigencia de una verdadera libertad en el flujo de la información, lo que suponía –en palabras de Juan Somavia- sustituir el oligopolio vigente por la pluralidad de fuentes de comunicación, y el actual etnocentrismo unidireccional por la reciprocidad que el propio concepto de libre flujo implica.

Pero no sólo las críticas, especialmente latinoamericanas, se centraron en los contenidos neocoloniales de los *medios mainstream*. El principal objetivo de la crítica contra la dependencia cultural y comunicativa se orientaría desde un principio hacia los procesos de transferencia tecnológica y sus efectos sobre la soberanía y el desarrollo regional, hoy sobremanera determinantes con la revolución digital, ante la evidencia de que la tecnología, en el nuevo contexto de la ya formulada sociedad postindustrial o de la información, es capaz de remplazar todos los recursos de poder e incluso organizar golpes de Estado como vimos con el colaboracionismo de Facebook o Twitter contra el gobierno de Dilma Rousseff. La centralidad de la *revolución científico-técnica*, la llamada cuarta revolución industrial, que hoy vivimos en la actual etapa del modo de producción capitalista, no ha inspirado sin embargo a la academia a plantear un diagnóstico en términos de geopolítica de la comunicación respecto a las estrategias de optimización de las estructuras productivas



y la necesidad de garantizar el control de esta variable económica al servicio del desarrollo autónomo y equilibrado, al ser un vector determinante del intervencionismo y de injerencia del poder imperial y transnacional, más que relevante, como venimos sosteniendo, en el linchamiento y campaña mediática complementaria al fuego de la guerra asimétrica judicial. Si reconstruimos esta historia en el origen de la ideopolítica o la guerra psicológica contrarrevolucionaria y el frente cultural de la comunicación, podremos entender de Reagan a Trumpe/Biden esta lógica del complejo industrial-militar del Pentágono y también el fetichismo ampliamente extendido sobre la autonomía y democracia informativa en la galaxia Internet, un imaginario que hace falta decolonizar, como la infalibilidad de la justicia, para recuperar la politicidad de toda forma de representación.

Sabemos, con Celso Furtado, que toda tecnología es portadora de una dimensión civilizatoria y que, como tal, introduce elementos y da lugar a procesos de alienación cultural. Recordemos que, en su denuncia de los factores de dependencia tecnológica, los principales avances teorizados por la escuela de la Teoría de Dependencia demostraban, cuando menos - de acuerdo con Sábato y MacKenzie- seis puntos críticos que justificarían hoy dar la vuelta a la lógica dominante en la UIT, formulando de nuevo una propuesta desde el Sur Global frente al despliegue de la lógica de control en el espacio comunicacional. A saber:

1. La existencia de obstáculos estructurales al progreso científico-técnico.
2. La importancia de la tecnología como mercancía cultural imprescindible para el desarrollo del sistema productivo.
3. Las causas económico-políticas de la desagregación tecnológica.
4. El desequilibrio y asimetrías en la cooperación y ayuda científico-técnica.
5. La creciente importancia de las empresas transnacionales en la producción y comercialización de las nuevas tecnologías.
6. La influencia neocolonial en las matrices culturales de los nuevos dispositivos de intercambio y flujo de la información.

Considerando necesariamente estos elementos de juicio, es preciso cuestionar los preceptos que asumen acríticamente los gobiernos cuando replican las nociones al uso de la teoría de difusión de las innovaciones con las consecuencias ya conocidas. A saber: a) Que la tecnología proveniente de los países centrales es la única, la mejor o la más conveniente; b) que la tecnología es neutra, es decir, libre de valores; c) que toda tecnología

moderna es, por definición, la que mejor puede servir para el desarrollo; d) que esa tecnología está suficientemente probada y por lo tanto no hay riesgos en su introducción. De esos lodos provienen los actuales barrotes del imperialismo distópico en manos de la NSA que hacen posible los golpes blandos y la guerra híbrida de Nicaragua a Brasil, de Bolivia a Cuba, en forma de guerra permanente y prolongada, a partir de la doctrina de GBI y la *revolución conservadora*. No es casual por lo mismo que más pronto que tarde los países del llamado Tercer Mundo se opusieran a los principios de la teoría de la modernización comunicacional al constatar con mucha preocupación el poder y capacidad de intervención de las industrias transnacionales en el campo de la comunicación local por el poder de penetración de las nuevas tecnologías.

Como es sabido, EE.UU. no aceptaría ni tales críticas ni las propuestas de reequilibrio de la estructura internacional de información, pese a los evidentes resultados negativos de los planes del PNUD en la materia. La confrontación, política y académica, vaticinaba, en consecuencia, una dialéctica y debate internacional de difícil encaje en el seno de las Naciones Unidas, máxime cuando los principios en liza eran diametralmente antagónicos. En el trasfondo del problema estaba el comando o control del sistema internacional o su desconcentración. Pues, de acuerdo con Schenkel, la crítica de los países del Sur que defendían el NOMIC contemplaba un conjunto de factores que, en su complementariedad, producían la dependencia cultural de los países subdesarrollados por el monopolio de los servicios telemáticos internacionales, el papel de las agencias publicitarias extranjeras, los programas foráneos en los medios de comunicación y la influencia de la inversión extranjera. De acuerdo con la teoría crítica latinoamericana hoy paradójicamente, más vigente que nunca:

1. El cambio general de la estructura social constituye el prerequisite básico para lograr un desarrollo auténticamente humano y democrático.
2. Los adelantos tecnológicos en los campos de la agricultura y en otros sectores productivos no solo no conducen necesariamente hacia la obtención de este desarrollo, sino que incluso pueden impedirlo al fortalecer aún más a las élites conservadoras dominantes.
3. La comunicación no solo es incapaz por naturaleza de generar desarrollo nacional, sino que a menudo actúa en su contra, de nuevo, a favor de las minorías gobernantes.
4. La propia comunicación está tan sometida a los arreglos organizativos predominantes en la sociedad, que difícilmente se puede esperar de ella que actúe

independientemente como un contribuyente primordial a una profunda y amplia transformación social.

Sociólogos y estudiosos latinoamericanos de la comunicación y de otras regiones del Tercer Mundo inician entonces el debate sobre la necesidad de políticas nacionales de comunicación y cultura que promuevan de verdad formas equilibradas de desarrollo endógeno y que, con éxito, reactivarían en la década ganada del nuevo regionalismo latinoamericano. Así, en mayo de 1976, el seminario *El papel de la información en el nuevo orden internacional*, organizado por el *Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales*, concluye entre sus recomendaciones con la necesidad imperiosa de desarrollar mayores esfuerzos de investigación en materia de comunicación y desarrollo, con el fin de favorecer una clara conciencia sobre el papel de la información y la participación informada de la comunidad dentro de los esquemas integrales de desarrollo humano, más allá de cualquier reduccionismo economicista. Ahora bien, el debate en torno al *Nuevo Orden Informativo Internacional* debe siempre ser situado en el contexto de las luchas internacionales por la descolonización económica. La exigencia del NOMIC nace de hecho estrechamente ligada a las necesidades de un *Nuevo Orden Económico Internacional* en virtud de la demanda de soberanía por parte de los países del Tercer Mundo, que comenzaron a plantear el control de los recursos naturales según un modelo de crecimiento y desarrollo endógeno. Como comenta Schiller, las políticas de comunicación representan, en este sentido, una lucha por superar la dominación externa, donde el poder reside fuera de la comunidad nacional; y la dominación interna, donde el poder es ejercido por una capa nacional dominante. Más aún, las políticas de comunicación y cultura van a ser concebidas como un ejercicio de soberanía cultural en función de los intereses comunitarios. Soberanía e interdependencia son, por lo mismo, los ejes conceptuales del Nuevo Orden Económico Internacional. En la práctica, este giro ideológico significaría un mayor dinamismo de las *Políticas Nacionales de Comunicación*, a partir de nuevos principios estratégicos:

- El análisis de los procesos de comunicación de base como plataforma de acceso a la participación popular en el sistema comunicativo.
- La intensificación de los estudios sobre experiencias de comunicación grupal.
- El análisis de la comunicación comunitaria como una modalidad de comunicación integral transformadora.
- Y el estudio de las relaciones entre los medios masivos y las tecnologías tradicionales de educación y cultura en las políticas de desarrollo.

En esta línea, las recomendaciones emanadas de la reunión de Costa Rica no sólo fueron orientativas de la demanda de un intercambio internacional de información más justo y equilibrado, sino que también constituían las primeras medidas para garantizar el acceso y participación en los medios de todos los miembros y grupos de la sociedad. El texto y las recomendaciones de San José no eran, por tanto, como nos recordaría en persona Luis Ramiro Beltrán, tan sólo documentos históricos. Como bien señalara Elizabeth Fox, debajo de la preocupación central por las políticas nacionales de comunicación había preocupaciones nuevas, como el surgimiento de la comunicación alternativa o la necesaria coordinación regional de las PNC en la búsqueda no conseguida, por ejemplo, recientemente en UNASUR, de nuevos procesos de integración regional. Permita el lector esta digresión porque la disputa del NOMIC fue el antecedente de las actuales campañas globales de información que inaugurara el actor-presidente Reagan. Ilustra el contexto de la centralidad otorgada a la comunicación tanto en el plano militar (estrategia del GBI), como en la política (marketing político) y las relaciones internacionales (la nueva diplomacia pública). En otras palabras, estamos no solo ante la emergencia del programa neoliberal como relato y política hegemónica, sino ante la estrategia de restauración conservadora, como hoy con el nuevo golpismo mediático, que en Naciones Unidas se tradujo en una guerra sin cuartel contra el nuevo orden de la información en la medida que suponía un cambio cualitativo de las estructuras de poder.

La *Comisión para los problemas de Comunicación* concluyó su célebre informe señalando dos grandes obstáculos para la democratización de las comunicaciones que hoy se han agravado notoriamente. Por un lado, la transnacionalización económica y, por otra parte, la dependencia comercial de los sistemas informativos nacionales, que impiden un desarrollo equilibrado de los medios de comunicación social. La Comisión MacBride terminaría por lo mismo recomendando otro modelo de desarrollo en el que el peso de la planificación corriera a cargo de las instituciones públicas. En palabras del Director General de la Unesco, “debe reorganizarse las relaciones de intercambio, los flujos de información y las formas de concertación en función de una necesidad primaria, la de permitir que cada pueblo determine su propia vía de desarrollo con el respeto de la de los demás, y que todos los pueblos se ayuden mutuamente, es decir, que se enriquezcan los unos a los otros” (M´Bow, 1980: 5). De modo que el concepto de otro desarrollo –autodependiente, endógeno y alejado de las prácticas miméticas del pasado- se abra paso y se ponga al servicio de las necesidades, metas y políticas específicas que responden a los requerimientos históricos de cada país. La historia acontecida posteriormente es por todos conocida y ha sido ampliamente reseñada en Chasqui, en Comunicación y Cultura y diversos foros internacionales, incluida la propia ULEPICC. Pero no vamos a dar cuenta de ello ahora. Tienen en la bibliografía que acompaña este capítulo algunos aportes generales, en particular desde la perspectiva, fundamental, por cierto, de Brasil y América Latina. Sí conviene apuntar,

aunque de forma sucinta, pensando en la centralidad de la guerra mediática como parte del *lawfare*, la relevancia que hoy adquieren algunos elementos retóricos y discursivos que tuvieron en contra del documento “Un solo mundo, voces múltiples”, pues los mismos fueron replicados, en lo esencial, contra las políticas nacionales que tuvieron a bien aplicar los gobiernos de progreso en la región, excepto el de Lula, con los resultados por todos conocido.

## DISCURSO Y REACCIÓN

Del encuentro de Talloires contra el NOMIC a los actuales golpes mediáticos, cabe observar un repertorio simbólico y estrategias discursivas recurrentes en las campañas de *lawfare*: la apelación a la corrupción (sea del Director General de la UNESCO promotor del NOMIC o Maduro y Lula), la incompetencia del gobierno local (complementaria de la idea de Estado fallido), la neutralidad e infalibilidad de la justicia (ciega y equilibrada), el imperio de la ley frente a la supuesta anarquía o la apelación al sentido común (entendido en un sentido colonial, como la concepción americana del derecho y la organización política del Estado). Lógicamente, estos dispositivos semióticos no explican el éxito del *lawfare*. Aun señalando la centralidad de la comunicación y la guerra mediática en el juego jurídico, el poder de la mediación es tal en la medida que va acompañada de actuaciones que refuerzan el alcance y efectividad de la guerra psicológica en tales procesos. Así por ejemplo en la era Reagan la retórica de la restauración conservadora era reforzada por una contraofensiva en dos frentes estratégicos, señalados por Reyes Matta:

*-descalificación* de los acuerdos multilaterales y del consenso internacional a favor de las acciones de carácter bilateral que en este siglo se tradujo en los bloqueos de los gobiernos conservadores de Colombia y Paraguay de toda iniciativa supranacional y de cooperación en la materia en espacios como UNASUR.

*-estrategias de presión* articuladas entre gobiernos y sectores privados para legitimar el principio del libre flujo, ya no sólo en beneficio de la circulación de noticias, sino también de la publicidad y las tecnologías desarrolladas por las grandes corporaciones transnacionales de la electrónica y la industria informática, al tiempo que se ha venido desplegando una permanente campaña de denuncias internacionales en favor de la libertad de prensa contra los procesos democráticos en Venezuela, Bolivia o Ecuador, ocultando en la prensa internacional que donde se perseguían y asesinaban periodistas ha sido siempre en Colombia, México u Honduras. El rol coordinado de la SIP, más hoy Open Society y Reporteros sin Fronteras, da cuenta en este sentido de la prevalencia de un lobby poderoso de los intereses corporativos que constituye un obstáculo importante a todo proceso de democratización, reforzado con el creciente control y oligopolio de los medios mercantilistas y las plataformas digitales con base en Silicon Valley. Estos actores actúan además de

forma coordinada, como demuestra Silvina Romano en el caso de Bolivia (Romano et al , 2019).

Uno de los logros de la política de roll-back de la Administración Reagan no solo fue introducir un nuevo discurso y forma de la comunicación política, sino más bien planificar, como nueva estrategia de restauración imperial, un frente cultural y una tupida red de actores transnacionales al servicio de los intereses estratégicos del gran capital. A este respecto cabe advertir que al ignorar las estrechas relaciones entre la banca y las nuevas ramas de la industria cultural (informática y telecomunicaciones), el NOMIC nunca había considerado lo suficiente el potencial opositor del capital financiero a una reestructuración equilibrada de los sistemas internacionales de comunicación. La reducción del debate del NOMIC al desequilibrado flujo de noticias impidió, entre otros muchos aspectos, afrontar el problema preocupante de la producción y distribución de ciencia y tecnología, que para entonces había adquirido una dimensión internacional y hoy de hecho se torna central si hablamos de alternativas democráticas. Todo ello, por supuesto, en relación con el sistema dominante de la estructura privada de información, cuyo análisis ignorara el Informe MacBride, en un contexto de desregulación acelerada del sector cuya influencia sería decisiva para la penetración de la industria cultural en la década de los ochenta por un lado por la financiarización de los medios y, de otra parte, por la importancia del factor tecnológico que ahonda en la consabida dependencia de la renta tecnológica. De aquel tiempo a esta parte puede colegir el lector que la capacidad de coordinación del imperio, pese a estar hoy en declive, se ha ido perfeccionando si pensamos en otros conflictos irregulares en Asia, Latinoamérica e incluso la UE. En Fort Benning, en el Instituto del Hemisferio Occidental, antigua Escuela de las Américas, siguen formando a los militares golpistas en la doctrina Reagan de la guerra irregular, la misma que pone a Haití como estudio de caso y modelo ejemplar de exitoso golpe blando, por el que Estados Unidos se presentó a la Opinión Pública mundial como mediador ante Raoul Cedras cuando en verdad fue el promotor del derrocamiento de Aristide. El despliegue de campañas jurídicas de persecución de los líderes sandinistas, como ya sucediera en los ochenta, ha arreciado de nuevo, siendo hoy Nicaragua campo de despliegue de la llamada guerra híbrida. Como en el caso de Cuba su posición geopolítica es estratégica y considerada dentro del perímetro de alta seguridad por su natural conexión, como con el canal de Panamá, entre el Atlántico y el Pacífico, sin contar, como en el caso de Brasil, las reservas acuíferas. Si el siglo XX Estados Unidos promovió las guerras imperialistas por el petróleo, los asesores del Departamento de Estado estadounidense definen en este milenio los conflictos en virtud de la posesión del bien preciado del agua. Como siempre, es una cuestión no solo ideológica, la lucha contra el sandinismo, sino material. Por ello, en este contexto, desde 2018, y aún antes, como ya

sucediera en la guerra sucia de la contra, el gobierno de Daniel Ortega ha padecido innumerables dificultades por la acción permanente de las fuerzas colaboracionistas internas que apoyan el imperialismo. Pese a todo el gobierno sandinista ha logrado notables éxitos en materia de economía social, en la gestión del propio covid, notablemente superior en países progresistas como Cuba, respecto a los casos de gobiernos neoliberales como Ecuador o Colombia. La apuesta por la soberanía, la colaboración sur-sur y el apoyo a pequeños y medianos productores con políticas activas de inclusión y participación ciudadana explican el amplio respaldo de la población al proyecto de Sandino en el país, así como el fracaso de la intervención golpista que ha promovido con violencia la oposición derechista y un saldo de más de 200 muertos. Pese a ello la guerra irregular, la llamada guerra híbrida no cesa, pues, como en su origen la guerra de baja intensidad, el objetivo no es tanto militar como cultural, derrotar, en el frente ideológico, la voluntad de independencia y de transformación de amplios sectores populares que apoyan como antaño el sandinismo.

El planteamiento de este tipo de ataques es generar desconfianza en el sistema democrático, político y administrativo del país e intentar socavar su cohesión social para legitimar la restauración conservadora como ya se hiciera con la victoria de Violeta Chamorro tras el asedio y guerra abierta de la ultraderecha estadounidense y sus aliados en lo que constituyera una condena internacional del gobierno Reagan por el *Irangate*. Hoy los modos de intervención no son abiertamente militares pero el objetivo y *modus operandi* es, en esencia, el mismo.

Brian Fleming define la guerra híbrida como la síntesis de varios tipos de guerra: guerra convencional, guerra asimétrica, guerra irregular, guerra no lineal, ciberguerra, guerra compuesta, entre otras. Lo verdaderamente distintivo, en cualquier caso, es que es un tipo de guerra irrestricta en la que no hay límites porque todo vale. De ahí a la impresentable calificación de El País de Nicaragua como el gulag centroamericano (proclama de propaganda ya usada en tiempos de la Contra en la prensa internacional al amparo de la Casa Blanca con la colaboración de Felipe González, que ha seguido el mismo guión en Venezuela) hay un paso. En este sentido, cabe situar la campaña de desinformación sobre el país en el contexto, como advierte Maurice Lemoine, de la hoja de ruta de la oposición "*Nica*" que ha comenzado a denunciar una "*farsa electoral*" por adelantado. De la misma forma que ya se hiciera en Bolivia, antes Brasil o Ecuador, a pesar de que todas las encuestas dan como ganador al actual jefe de Estado, incluida la nada sospechosa agencia de investigación Gallup. Desde este punto de vista, el objetivo del golpe blando de derrocar a Ortega no es otro que liquidar el sandinismo, como antaño con Hugo Chávez o como sabemos desde hace décadas en la guerra sostenida contra Castro. Es una ley conocida de la propaganda, personalizar, demonizar al enemigo, para abstraer la inobjetable razón moral que es la inmoralidad imperialista de revertir los cambios y avances que hasta *The Economist* reconoce y por el

que Ortega ganó ampliamente las últimas elecciones revalidando el apoyo popular al proyecto de cambio que representa, de ahí la campaña mediática cuestionando con anticipación lo que la democracia. refrenda. En este como en otros casos cabe aprender de la experiencia sobre la lógica discursiva y sus modulaciones, ampliamente sufrida décadas atrás en torno al tratado de Esquipulas y la guerra de baja intensidad, cuando se intensificaban los ataques y la campaña de aislamiento del gobierno de Nicaragua, auspiciado desde la Casa Blanca, usando al mismo tiempo métodos y operativos encubiertos que justificaran ante la opinión pública internacional la remoción de un gobierno molesto para los intereses del imperio.

En esta guerra, como vemos, el guión es previsible, y más que conocido y documentado, comprende desde sanciones, amenazas, acusaciones infundadas, perjuicio interno y externo, ciberataques, guerra psicológica sustentada en la manipulación y tergiversación mediática y redes sociales, el uso de la criminalidad común o la operación conjugada con determinados países, encabezados por Estados Unidos, y una amplia batería de recursos propios de la retórica imperial bien detallados por Carlos Midence en su último ensayo sobre las relaciones de Estados Unidos con Nuestramérica. Como desde el siglo XIX, Estados Unidos utiliza tanto la presión bilateral a los países o instituciones que se han prestado históricamente a sus designios como formas de intervención y agresión militar en la continua ocupación de lo que considera su patio trasero, empezando a tal fin por el estrangulamiento de fondos internacionales de cooperación y continuando con el sabotaje y la financiación de la contra de ONGs. Sobre ellas ya advirtió el politólogo James Petras en la medida que constituyen el frente cultural de la guerra ideológica, como venimos observando desde las operaciones de paz de la administración Clinton. La intervención por razones humanitarias sea en Kosovo o como ahora se propone en Cuba es un clásico del discurso de la injerencia imperialista. Así, hoy de nuevo, como en Venezuela, la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID); la Fundación para la Nueva Democracia (NED), creada en 1983 por Reagan para sustituir a la CIA en la organización de acciones “no armadas” en los tiempos de la Contra; Freedom House o la Open Society de George Soros financian, forman, coordinan y dan sostenimiento a la supuesta “sociedad civil” que quieren democratizar el país, imaginamos que como en Colombia. En la última década, se han destinado más de 80 millones de dólares a esta labor beneficiando a actores políticos como la Fundación Chamorro con las que se han ramificado las bases mediáticas internas del imperialismo: la Fundación ha estado alimentando los canales de televisión 10, 11 y 12, *Vos TV*, *Radio Corporación*, *Radio Show Café con Voz*, así como las plataformas digitales *100% Noticias*, *Artículo 66*, *Nicaragua Investiga*, *Nicaragua Actual*, *BacanalNica* y *Despacho 505*, entre otros. Mientras proliferan en la prensa internacional acusaciones falsas valiéndose de la estructura concentrada de poder informativo en una suerte de golpismo mediático que hemos documentado ampliamente en nuestro estudio “Golpes mediáticos. Teoría y análisis



de casos en América Latina” (CIESPAL, Quito, 2016) . La más reciente es la campaña sobre los arrestos ordenados por el ministerio público nicaragüense a actores políticos han intentado desestabilizar, promover sanciones e implorar, a los mismos Estados Unidos, que perpetre una invasión militar al país ignorando que, como en la invasión al Capitolio, hay una Ley de Seguridad Nacional que aplicar y que, en algunos casos, pese a lo dicho por la prensa, no eran ni candidatos. El caso es que es obvio y comprobable para cualquier atento analista que no trabaje subvencionado por las generosas fundaciones privadas al servicio del imperio que la tónica de la guerra híbrida utilizada pretende desviar el cauce de las investigaciones y la aplicación del marco jurídico reproduciendo sin límites la falsedad mediante *fake news*, postverdades, relatos ilusorios, el adecuado *framing* y las no-noticias, las verdaderas bases mediáticas de las fuerzas especiales de desestabilización del sandinismo. En el mundo al revés, la detención de golpistas es un ataque a la democracia, y el derrocamiento de presidentes electos como Evo Morales la norma deseable para la restauración incuestionable del sistema. Un simple análisis del discurso comparado sobre la cobertura de la prensa internacional de la Santa Alianza en torno a las masacres y responsables del golpe en Bolivia y las recientes detenciones en Nicaragua, deja en evidencia las contradicciones de los medios mercantilistas en el empeño por instalar una realidad con la que legitimar lo que en verdad siempre ha procurado el imperialismo. El talón de Aquiles que revela este proyecto de agresión es como siempre el hilo rojo de la historia y la circulación del dinero, en este caso la financiación de las fundaciones, ONGs y agencias que han sido Caballos de Troya a la sombra de los designios del imperio para revertir las conquistas históricas de los pueblos en defensa de su soberanía.

## LAWFARE Y PEDAGOGÍA DEL TERROR

En su montaje *On translation: Fear/Miedo*, Antoni Muntadas nos plantea un reto: pensar la intervención televisiva filmada en la frontera entre EE.UU. y México de forma similar al problema del Estrecho. En ambos espacios liminares, se nos muestra el miedo como construcción cultural. La instalación nos interpela como espectadores a propósito del paisaje mediático y la arquitectura de la información, esto es, los mecanismos invisibles de dominio que tienen lugar en el espacio público. De acuerdo con Mike Davis, la globalización acelera la dispersión *high-tech* de grandes instituciones de la sociedad industrial como la banca, dando lugar a procesos de *desanclaje* e incertidumbre. En esta dinámica, no es posible el control social sin recurrir al discurso del miedo. El temor siempre ha sido un eficaz recurso de propaganda y hoy de nuevo la principal función de dominación ideológica. Así, por ejemplo, si, como recuerda Eagleton, los soviets y el enemigo rojo han desaparecido, quedan para similar función los talibanes, con los que Occidente conjura sus contradiccio-

nes en forma de Acta Patriótica. La percepción aguda de inseguridad en nuestro tiempo es, en este sentido, la condición de la eficacia de la política de *aporafobia*. Esta lógica es propia de lo que la Sociología, desde Stanley Cohen, denomina pánico moral, una reacción irracional de construcción y rechazo de amenazas veladas o abiertamente contrarias a la norma dominante a partir, fundamentalmente, de la capacidad de estereotipia de los medios. El análisis de cultivo de la Escuela de Annenberg hace tiempo que ha demostrado cómo la violencia simbólica es alimentada por la pequeña pantalla en una suerte de *revival* de la dominación original. El mundo que observan los telespectadores difiere significativamente del mundo real, tanto en los contenidos representados como en los roles sociales asignados a sus protagonistas. Se produce lo que Gerbner y Gross califican como “desplazamiento de la realidad”: la relación continuada y periódica de difusión de contenidos simbólicos, basados en conceptos y nociones específicos, son asumidos en sus formas de representación de la realidad por los consumidores, y en ocasiones hasta la suplantación. En tanto que sistemas de producción, percepción y adquisición de mensajes acerca de lo que hay, lo que es importante y lo que es correcto, los medios de comunicación colectiva nos enseñan cómo es la realidad (representaciones), cómo funciona y se estructura el sistema social (funciones), y qué opciones o alternativas son deseables (valores). Por ello, es posible observar, a propósito por ejemplo de la violencia televisiva, que la influencia de estas representaciones en relación al grado de consumo y exposición a las emisiones televisivas de diferentes grupos de público permite disociar la exposición de las audiencias a este tipo de contenidos de las conductas agresivas, para plantear el problema de la victimización, como un proceso de sujeción y sometimiento de los receptores a la estructura del poder, por medio de la imposición de un efecto, en parte casi catártico, de violencia simbólica. En la correlación entre contenidos violentos de la televisión y representaciones sociales de la audiencia, Gerbner observa el carácter discriminatorio y sistemático de victimización de los personajes objeto de actos violentos en los programas de ficción entre los grupos subalternos según el sexo (mujeres), la edad (jóvenes y ancianos), la raza (afroamericanos, hispanos, asiáticos...), y la clase social (baja pero también clase alta) de pertenencia. En sus conclusiones, es posible aprender, aplicado a nuestro tiempo, una enseñanza reveladora. Aquellos consumidores expuestos habitualmente al contenido de la televisión tienden a sobreestimar la cantidad de violencia y de criminalidad en su entorno, manifestando cierto temor de ser víctimas de acciones violentas y una creciente desconfianza hacia otros miembros de la comunidad. Esta misma inseguridad coincide con la adscripción de la audiencia a posiciones conservadoras de reforzamiento de las políticas de seguridad y de endurecimiento del sistema punitivo, lo que revelaría el poder normativo de la violencia simbólica. No viene al caso aquí dar datos detallados de la dieta informativa pero sí pensar que si correlacionamos este hecho con la proliferación de propaganda y el ascenso del

fascismo social que retorna con las imágenes replicantes del sistema televisual en tanto que dispositivo de disciplinamiento, hay razones suficientes como para estar preocupados con la extensión del *lawfare* en nuestros países. Y es que, en tiempos de crisis, de deslegitimación del régimen por el saqueo y vulneración de derechos, la única respuesta de las clases dominantes, no se olvide, es la fórmula hobbesiana del *homo homini lupus*. Además de paralizar, el pánico moral inducido tiende a garantizar así el dominio de la población y la imposición, como explica Noemi Klein, de *La doctrina del shock*.

Dejó escrito Marx que la seguridad es el supremo concepto de la sociedad burguesa, el concepto de la policía, según el cual toda la sociedad existe solamente para garantizar a cada uno de sus miembros la conservación de su persona, de sus derechos y de su propiedad. Un empeño condenado a la mayor incertidumbre cuando la inseguridad de la existencia del precariado, el empobrecimiento de los sectores populares que ven desintegrarse la Seguridad Social, marca, en nuestro tiempo, todo avatar de la coyuntura política que los medios pretenden, por sistema, ocultar. Ya advertía Simmel, en “El secreto y las sociedades secretas”, que una de las características de la dialéctica moderna es el mito de la transparencia por la que se impone la ocultación como norma y no como excepción, desplegando técnicas de gubernamentalidad sofisticadas para evitar desviaciones: la indiscreción, las filtraciones o la confesión. Además del mito del progreso y la libertad, la era moderna de la comunicación se proyecta como relato de la sociedad positiva en esta noción iluminista. El discurso de luz y taquígrafos es la panoplia de la prensa liberal para justificar lo evidente, la opacidad constitutiva del modelo de mediación que oculta el trabajo y la miseria del mundo constitutiva del modo de producción capitalista. Por ello preocupa al Foro de Davos y a los atláteres de los paraísos fiscales que se proponga vigilar a los vigilantes. De un tiempo a esta parte, tal aseveración se torna tesis indiscutible para ilustrar la naturaleza de nuestra contemporaneidad. La minería de datos, la vigilancia global del Pentágono y la NSA dan cuenta, como revelara Snowden, de una sistemática política institucional de control biopolítico contra toda resistencia, como antaño la Comisión Trilateral advertía de las amenazas de la migración, el narcotráfico y el crimen organizado para justificar la política de represión contra los movimientos revolucionarios. Hoy, como ayer analizara Mattelart, el complejo industrial-militar del Pentágono, con anuencia de la Casa Blanca y Silicon Valley, despliega esta lógica biopolítica de control que nos amenaza, pervirtiendo el futuro de la democracia por el control opaco del algoritmo. Mientras los GAFAM y las start-up anexas al universo Google obtienen ganancias de más de 20.000 millones de dólares sin retribución a autores, periodistas, analistas, programadores y, en general, al cognitariado que hace posible, con su proletarización, la multiplicación de la riqueza, asistimos inconscientes a la era del control y la pantalla total mientras Google reconoce que escucha nuestras conversaciones privadas y Alexa (Amazon) como la Smart TV de Samsung realizan a diario la distopía de

Orwell, pero el problema es que, he aquí la hipótesis Assange, Wikileaks violó la ley de secretos oficiales. La sentencia que de momento impide la extraditación a Estados Unidos no aborda la cuestión esencial que nos ocupa: la estrategia del *lawfare*, la guerra asimétrica, basada en la criminalización de la disidencia, las relaciones públicas y el sometimiento por medio de la muerte civil de las fuerzas antagonistas, actualizando así la estrategia de la ideopolítica y la doctrina de seguridad nacional que arranca, como argumentamos, con la Guerra de Baja Intensidad (GBI) y la era Reagan en la guerra sucia contra la Nicaragua sandinista y que en una década tiene ya un considerable recorrido, merced a la noción y estrategia de golpes blandos, contra Lugo (2012), Dilma (2016), Correa (2017), Kichner (2018) y Petro (2019). Ello sin mencionar la guerra sucia contra Cuba y Venezuela, o la variante catalana en España y el 135.

Un análisis consistente del sentido del *lawfare* y el papel de la comunicación en los conflictos de cuarta generación pasa, desde este punto de vista, por recuperar la visión histórica de largo recorrido y, desde luego, el análisis estructural sobre el sistema de mediación y representación, aplicando ejemplos contrafácticos por ejemplo en los *medios mainstream* que defienden la libertad de expresión solo donde sus intereses son afectados, proyectando como modelo países como Colombia donde ni es posible el derecho de reunión y manifestación, salvo arriesgando la propia vida. Así, Assange, considerando esta lectura crítica de la mediación en el nuevo golpismo, es la prueba del algodón que demuestra la limitada concepción liberal del periodismo en nuestros días cuando informarse depende de que actores como Wikileaks tengan capacidad de hackeo del espacio público. Más aun cuando sabemos, desde el fallo de la justicia europea, que Facebook, y en general los GAFAM, no garantizan la protección de los datos personales ni, mucho más allá, la soberanía sobre los territorios en el flujo transatlántico de datos tras la USA PATRIOT ACT.

Desde los atentados de las Torres Gemelas, se viene impulsando una política de control en el que la vigilancia clandestina se ha extendido al tiempo que se privatizan los dispositivos y procesos de organización de la red telemática. Programas informáticos como mSpy, EasySpy, Flexispy o Spyes y los acuerdos de Facebook, Twitter, Microsoft y WhatsApp con la NSA dejan en evidencia la existencia de un grave problema de libertades civiles y de soberanía ajeno al escrutinio público. Pues la opacidad es la condición de la doctrina del shock. Como advierte Ignacio Ramonet (“El imperio de la vigilancia”), en la era Internet, el control del Estado y las corporaciones privadas es extrema, desnudando literalmente nuestro cuerpo, espíritu y prácticas privadas en una suerte de escáner o radiografía compleja del cuerpo social. Si Julian Assange es eliminado por la CIA y los lacayos del imperio, la ventana abierta por Wikileaks para imponer la lógica de la confianza y la rendición de cuentas de los profesionales del silencio, en la era de la diplomacia Facebook, asistiremos impávidos al reino de la censura previa sin límites. Y a la criminalización de la pobreza pues no es posible

la acumulación por desposesión sin asegurar el control total del proceso de reproducción, así sea con la necropolítica, máxima expresión de la biopolítica contemporánea en la era de la fábrica social, o con la videovigilancia total y el abuso de la ley en la guerra asimétrica desplegada contra toda forma de antagonismo o resistencia. Ya Morozov ha demostrado el control férreo de este sistema contra los activistas de izquierda en las redes sociales, según la lógica de captura e interceptación por Estados Unidos. Desde este punto de vista, y como reconocen los propios documentos del Pentágono, la ciberguerra en nuestro tiempo no es un problema de seguridad, no debe ser interpretado como una estrategia militar, sino como la lucha ideológica por el control del código para legitimar el proceso de acumulación por desposesión con las instituciones que lo hacen posible. El discurso securitario, y la pedagogía del terror que lo acompaña, no tiene, en este sentido, otra función que legitimar el uso ideológico del miedo para la reproducción de los medios de representación del orden reinante en el espacio público. Y ello, incluso, a condición de planificar y producir masivamente programas de terrorismo, como viene exportando el poder sionista, para cubrir los objetivos imperiales, anulando todo resquicio de crítica y pluralismo informativo en la comprensión de los problemas fundamentales de nuestro tiempo.

La civilización – afirma James Petras - en el grado maduro de desarrollo del capitalismo, es un sistema híbrido. Formalmente, civilizada, en el fondo, impone el abismo de la barbarie en forma de legitimación de la lógica de la destrucción creativa. El golpe de Estado contra Evo Morales certifica esta iluminación anticipatoria, no solo por la emergencia del neofascismo en Europa y América, sino, para el caso que nos ocupa, también por la vigencia de un sistema informativo que atenta contra los Derechos Humanos: ocultando la tortura y eliminación de opositores (caso de Mercurio en Chile), promoviendo el linchamiento mediático (con el *lawfare*) y fungiendo como vanguardia de los golpes blandos (caso Paraguay o Brasil). De los telepredicadores de la era Reagan, que financiaron la guerra sucia contra Nicaragua, a la plaga evangelista que asola Brasil o promueve la guerra contrainsurgente en Chiapas amenazando a los teólogos de la liberación, los medios y las redes de comunicación han terminado convirtiéndose en el principal baluarte de la restauración conservadora. Para ello cuentan con un amplio ejército de intelectuales orgánicos y portavoces de la Santa Alianza. Si algo ha dejado en evidencia la cobertura del golpe contra el MAS, es la importancia de los colaboracionistas, intelectuales *posmos* que se ponen de perfil, niegan lo evidente y justifican la barbarie por razones, bienvenido el oxímoron, de legitimidad democrática. A la unánime negación del golpe, cabe añadir así la perpleja actitud de los asalariados del crimen cristofascista en el país andino. Como analizara Marx en El 18 Brumario, hablamos de un tropel de pregoneros del Capital global que comparte “el espíritu de componendas llevado al fanatismo, por miedo a la lucha, por cansancio, por consideraciones de parentesco hacia los sueldos

del Estado, tan entrañables para ellos, especulando con las vacantes de ministros, por ese mezquino egoísmo con que el burgués corriente se inclina siempre a sacrificar a este o al otro motivo privado el interés general de su clase”. Así, los colaboracionistas, sólo trabajan hoy, como ayer, para sí mismos como tontos útiles al servicio del partido del orden en la lucha contra toda forma de socialismo, esto es, en contra de campesinos, indígenas, trabajadores de la minería y grupos subalternos. Mientras, los medios amplifican en pantalla las imágenes del desastre en Chile, Ecuador, o Colombia, mostrando los rasgos de un mundo en descomposición, cosa que en manera alguna puede confundirse con una situación revolucionaria; en cierto modo, como en otro tiempo advirtiera el escritor Francisco Ayala, es todo lo contrario, pues revolución implica movimiento histórico determinado por una tensión de fuerzas sociales, dialéctica real, mientras que los hechos sociales del presente corresponden a una sociedad desintegrada y encharcada donde todo es confuso, los movimientos son ciegos, los conceptos se han vaciado de significación y las palabras, corrompidas y deformes, degradadas al papel de insultos, oscuras, torpes y sumarias como gritos infrahumanos, que muestran una grotesca inutilidad para lo que es su función específica: entenderse. En esta lógica, la función vicaria de los medios golpistas es entretenernos, sumar voces a la ceremonia de la confusión para impedir que la gente se mueva, que el sistema quiebre por la vindicación de la vida. Triste función para el periodismo, hoy empeñado en el ardid de la falsedad y el colaboracionismo.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Decía Debord que la era de la visibilidad y del espectáculo es la era no de la transparencia sino del secreto. En palabras de Žižek, cuando más alienada, espontánea y transparente es nuestra experiencia, más se ve regulada y controlada por la invisible red de agencias estatales y grandes compañías que signan sus prioridades secretas. El empeño por gestionar la opinión pública no es, sin embargo, reciente. Ya el padre de los estudios de opinión pública en Estados Unidos, Walter Lippmann, calificaba como “lamentable proceso de democratización de la guerra y de la paz” la participación ciudadana, a través de la prensa y el debate público, en los asuntos de interés general que conciernen a la organización del Estado y su política exterior, por lo que, naturalmente, había que procurar fabricar el consenso, impedir la mediatización pública por el vulgo en los asuntos estratégicos que deben definir las élites. La llamada guerra jurídica o de cuarta generación se basa en este principio y proyecta, en el mismo sentido, un modelo de mediación informativa opaco y concentrado que ha permitido desplegar en las intervenciones contra los llamados “enemigos de la democracia y la paz universales” diversas estrategias de terror planificado. La que hoy denominamos Sociedad de la Información

amplifica, de hecho, los dispositivos de poder y normalización de la comunicación como dominio. Por ello, de acuerdo con Zizek, Assange representa una nueva práctica de comunismo que democratiza la información. Lo público sólo se salvará por la épica de los héroes de la civilización tecnológica. Assange, Manning, Snowden son, como sentencia Zizek, “casos ejemplares de la nueva ética que corresponde a nuestra época digital”. Como espía del pueblo, la autonegación de Assange es la épica del héroe que socava la lógica del secreto para afirmar la publicidad por razones de justicia y de derecho. Sobre todo, del derecho a tener derechos frente al discurso cínico de la Casa Blanca que Wikileaks revela deconstruyendo, punto a punto, documento a documento, la vergüenza de un orden social arbitrario. En la era de la videovigilancia global, la defensa de Assange es la protección de todos contra la NSA y la clase estabilizadora del aparato político de terror que trabaja al servicio del muro de Wall Street del que dependen tanto la industria cultural tradicional como los nuevos operadores tecnológicos. El rol de los GAFAM y otros actores en la estrategia de acoso y persecución desplegada por el imperio ha de replantearnos la necesaria disputa del espacio público, no solo de la justicia, en la que se dirime la imagen pública de lo común. En otras palabras, por más que se extienda comercialmente el consumo de Internet y se haga realidad el principio de Servicio Universal, no es posible hablar, en verdad, de un renacimiento y cualificación de nuestras democracias cuando el *lawfare* cuenta con los medios tradicionales y el poder de las redes para perseguir, condenar y administrar justicia al margen de la ley o, más precisamente, socavando los principios democráticos del Estado Social y de Derecho. Por ello, al fin de vislumbrar alternativas democráticas y modelos emergentes de resistencia social en la aplicación de los derechos comunes (el procomún), las lecciones de la historia sobre el espíritu McBride y la restauración conservadora en los ochenta, en el germen de la nueva guerra irregular y la ideopolítica, debe llevarnos a formular una nueva agenda de trabajo. Una exigencia, según el principio esperanza, que ha de ayudarnos a seguir proyectando utopías de futuro sin olvidar la memoria de las luchas para evitar repetir nuevos capítulos sobre el uso o abuso de la ley y los medios en forma de farsa o sainete.

Somos conscientes, en palabras de M´Bow, que la alternativa sigue siendo Socialismo o Barbarie: “una sola alternativa: hacer los cambios indispensables entre el desorden y la guerra, o de manera concertada y pacífica” (M´Bow, 1980). Se lo debemos a quienes nos anteceden y los que han de venir. Hemos de honrar con la virtud del compromiso intelectual la obra de quienes lucharon por siempre por la libertad. Si la doctrina del shock es la anulación del sentido y la parálisis intelectual, moral y política, es tiempo de empezar a caminar. Por derecho propio, por justicia universal.

## REFERENCIAS

- BELTRÁN, L.R. (1974). *Informe para la reunión de expertos sobre la Panificación y las Políticas de Comunicación en América Latina*. París: UNESCO.
- GIFREU, J. (1986). *El Debate internacional de la comunicación*. Barcelona: Ariel.
- GUNTER, J. (1978). *The United States and the Debate on the World "Information Order"*. Washington: Academy for Educational Development.
- KLEIN, Naomi (2007). *La doctrina del shock*, Barcelona: Paidós.
- KROLOFF, G. & COHEN, S. (1977). *El Nuevo Orden Informativo*. Caracas: ININCO.
- M´BOW, Amadou-Mahtar (1980). *Por un diálogo nuevo entre las naciones*. Madrid: Club Amigos de la UNESCO.
- MODOUX, A (1994). Perspectivas de la UNESCO sobre Comunicación. Ponencia presentada al *Congreso Internacional sobre Comunicación, cultura y desarrollo*. Madrid, 24 y 25 de noviembre.
- NAVARRO, Vicenç; TORRES, Juan (2012). *Los amos del mundo. Las armas del terrorismo financiero*, Madrid: Espasa.
- PRESTON, W.R. ; HERMAN, E.; SCHILLER, H.I. (1989). *Hope & Folly. The United States and UNESCO: 1945-1985*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- QUIRÓS, F. (1997). La UNESCO: un viaje de ida y vuelta. *Voces y Culturas*, nº 11/12, pp. 11-29.
- QUIRÓS F. (1998). *Estructura internacional de la información*. Madrid: Síntesis.
- QUIRÓS, F. y SIERRA, F. (2016). *El espíritu McBride. Neocolonialismo, comunicación-mundo y alternativas democráticas*. Quito: CIESPAL.
- REYES MATTA, F. (1982). Información y desarrollo bajo la contraofensiva Reagan. *Comunicación y Cultura*, nº 7, 51-63.
- ROMANO, Silvina et al. (2019). *Lawfare. Guerra judicial y neoliberalismo en América Latina*. Madrid: CELAG/Mármol Izquierdo.
- SANTANDER, Pedro (2020). *La batalla comunicacional. Defensa, ataque y cntrataque en América Latina*. Caracas: Editorial el perro y la rana.
- SCHILLER, H. (1997). La diplomacia de la dominación cultural y la libre circulación de información. *Análisi*, nº 10/11, pp. 76-77.
- SIERRA, Francisco (2002). *Comunicación, educación y desarrollo*. Sevilla: Comunicación Social Ediciones.
- SIERRA; Francisco (2017). *La guerra de la información. Estados Unidos y el imperialismo en América Latina*. Quito: CIESPAL.



TIRADO, Arantxa (2021). *El lawfare. Golpes de Estado en nombre de la ley*. Madrid: Akal.

## UNESCO

(1975a) *Seminario sobre Políticas Nacionales de Comunicación en América Latina y el Caribe*. París: UNESCO.

(1975b) *Reunión de expertos en el intercambio de noticias en América Latina*. París: UNESCO.

(1976) *Informe Final de la Conferencia Intergubernamental sobre políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe*. San José de Costa Rica 12-21 de julio de 1976. COM/MD/38. París: UNESCO.

(1978a) *Declaración sobre principios fundamentales para que los medios de comunicación contribuyan a reforzar la paz y el entendimiento internacional, para la promoción de los derechos humanos y para acabar con el racismo, el apartheid y la guerra. (IV.C.3)* París: UNESCO.

(1978b) *Res. 20-C-DR-311*

(1980e) *Archivos de la Conferencia General: Resoluciones, XXI Sesión, Res 4/19*. Belgrado, Yugoslavia, 23 de Septiembre - 28 de Octubre de 1980, pp. 68-71.

(1982) *Informe Final de la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales (MONDIACULT)* Doc. 4XC/4. México: UNESCO.

(1983) *Actas de la Conferencia General. Comisión IV. La Comunicación al servicio del Hombre. Gran Programa III*. París:UNESCO.